

los sacrificios que hacían en ocasiones para obtener algún favor del cielo, ó en agradecimiento de los favores que ya habían recibido.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 18.

Cuando los sacerdotes lo juzgaban conveniente, se dirigían á los reyes, y les decían que debían acordarse de los ídolos que se estaban muriendo de hambre, por lo cual aquellos príncipes conferenciaban entre sí para prepararse á la guerra, diciendo que sus dioses pedían algo de comer. Después salían y combatían, tratando solamente de coger prisioneros, á fin de poder tener hombres para alimentar á sus dioses.—*Herrera*, IV, pág. 213.

Montezuma dijo á Cortés que aun cuando le habría sido fácil subyugar á una nación que tenía tan cerca de sí como *Tlaxcala*, no lo había hecho para poder tener gente que sacrificar.—*Herrera*, III, pág. 212.

(Respecto de sacrificios periódicos de niños de noble estirpe á los dioses de la lluvia, véase *Torquemada*, lib. VII, cap. 21, y *Sahagún*, lib. II, cap. 20.)

Conforme al cómputo de los monjes Franciscanos, se sacrificaban cerca de 2,500 personas anualmente á los ídolos en *México* y en algunas de las ciudades situadas en el lago.—*Díaz del Castillo*, cap. 208.

Tan grande era el número de sacrificados con esta diabólica abominación, que á veces ascendía á 5,000, y llegó á pasar de 20,000, en un solo día, comprendiendo distintos lugares.—*Herrera*, III, pág. 213.

El sacerdote, después que había abierto el cuerpo de la víctima, le arrancaba el corazón que, aún palpitante, ofrecía al Sol, y lo arrojaba luego á los pies del ídolo; en seguida, levantándolo, ofrecíalo al ídolo; después lo quemaba, guardando con la mayor veneración las cenizas. Si el ídolo era gigantesco y hueco, se acostumbraba introducirle en la boca el corazón de la víctima con una cuchara de oro. Era también costumbre ungir los labios del ídolo y las cornisas de la puerta del santuario con la sangre de la víctima. Si se trataba de

un prisionero de guerra, tan luego como se le sacrificaba, se le cortaba la cabeza para conservar su cráneo, y se tiraba el cuerpo por las escaleras (del *teocalli*) al piso bajo, de donde era recogido por el oficial ó soldado á quien pertenecía el prisionero, el cual lo llevaba á su casa para cocerlo, aderezarlo y comerlo en un banquete con sus amigos. Si no era prisionero de guerra, sino un esclavo comprado para el sacrificio, el propietario recogía del altar el cadáver con el mismo fin. Comían solamente las piernas, los muslos y los brazos, quemando el resto, ó guardándolo para alimento de las fieras, ó de los pájaros de presa que existían en los palacios reales. Los *Otomíes*, después de matar á la víctima, despedazaban el cuerpo y lo vendían en el mercado.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 18.

(Por lo que hace á la descripción detallada de los sacrificios humanos en *México*, véase *Ch. de Lavarthe*, en la *Revue Orientale et Américaine*, I, págs. 53 y sigs.)

(Cierta rey) ordenó á los canteros que buscasen una gran piedra y labrasen en ella una figura del Sol, redonda, con su pileta circular en el centro, y con rayos que saliesen del borde de la pileta á fin de que la sangre de las víctimas pudiese recogerse en ella, y la imagen del Sol bebiera la sangre..... Alrededor de la pileta debían quedar inscritas todas las guerras que habían tenido hasta entonces, alcanzando la victoria por la ayuda del Sol.—*Durán*, I, págs. 193-94.

(*Ramírez*, ídem, nota, manifiesta que existe tal piedra.)

El más celebrado de los sacrificios..... era el llamado por los *españoles*..... el gladiatorio. La muerte en éste era muy honorable, y únicamente se les permitía morir en él á los prisioneros famosos por su valentía. En una piedra que se llamaba el *Temalacatl* se colocaba al prisionero amarrado de un pie, y armado con su escudo y una espada pequeña. Un oficial ó soldado *mexicano*, mejor armado, trababa combate con él..... Si el prisionero quedaba vencido, inmediatamente un sacerdote..... lo llevaba, muerto ó vivo, al altar

de los sacrificios comunes. . . . Pero si el prisionero vencía á seis diversos combatientes que luchaban sucesivamente con él. . . . se le concedía la vida, la libertad y cuanto se le había quitado, regresando glorioso á su país nativo.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 19.

(*Durán*, I, págs. 176 y sigs., describe un sacrificio gladiatorio verificado después de la derrota de los *Huastecas*. Los hombres que combatían con los prisioneros estaban cubiertos con los vestidos de ciertos dioses. . . . ó con pieles de leones, águilas, etc. El vaho del corazón de las víctimas, arrancado por el gran sacerdote, se ofrecía al Sol. Algunos *indios* se revestían en seguida con las pieles de las víctimas, y recorrían varios lugares durante 20 días pidiendo caridad. “Andaban así, revestidos de aquellas pieles, de la misma manera que el dios de semejante festival.” Hecho esto, se enterraban las pieles en terrenos del templo.)

La superstición y crueldades de los *mexicanos* eran imitadas por todas las naciones que conquistaban, ó que estaban inmediatas al imperio, sin diferencia alguna, excepto la de que el número de sacrificios en éstas era menor, aunque á veces tal circunstancia no existía.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 20.

Hacían también dioses á los hombres vivos; cogían á un prisionero, y antes de sacrificarlo, le daban el nombre del ídolo á quien se le iba á ofrecer, lo revestían con los ornamentos de este, y durante todo el tiempo que duraba tal representación, que á veces era un año, á veces seis meses, y aun menos, le tributaban el mismo homenaje que al ídolo; comía, bebía y se divertía, y cuando andaba por las calles, el pueblo salía á adorarlo, haciéndole ofrendas, y sacando á sus hijos y personas enfermas para que las curase y bendijese, permitiéndole que hiciera lo que quisiese en todo, á pesar de que siempre lo acompañaban diez ó doce hombres, y también muchos Señores, á fin de que no pudiera escaparse. Por donde pasaba tocaba un canutillo para que la gente viniese á reverenciarlo. Tenía el mejor departamento del templo, á don-

de iban á reverenciarlo todos los hombres principales, y á servirle, llevándole su comida con tantos miramientos como si se tratase de los grandes hombres; pero en la noche se le encerraba en una fuerte jaula para que no se escapara; y si acaso llegaba á escaparse, el jefe de los que lo habían custodiado era puesto en su lugar; en fin, cuando ya estaba gordo, lo sacrificaban y se lo comían.—*Herrera*, III, págs. 207-8.

(Dícese que el rito de revestir y adorar á los sacrificados, del mismo modo que á las deidades, se ejecutaba en las festividades de muchos dioses y diosas.—Véase *Sahagún*, lib. I, caps. 8, 19 y 20, y lib. II, caps. 6, 7, 8 y 17.)

En la festividad del dios de los orifices, *Totec*, uno de los sacerdotes se ponía la piel de un cautivo, y vestido de esta manera era la imagen de ese dios *Totec*.—*Sahagún*, lib. IX, cap. 15.

(*Nebel*, pl. 3, fig. 1, da á conocer la figura de basalto de un sacerdote (ó ídolo) revestida de una piel humana.)

(*Herrera*, III, pág. 192, relata el origen de las víctimas desolladas. “El Señor de *Culuacán*. . . . admitió á los *Mexicanos* en su ciudad; pero su dios no les permitió ir allí, y les ordenó que buscasen una mujer que debía llamarse la Diosa de la Discordia, y por esto enviaron á pedir á la hija del rey de *Culuacán* para que fuese la reina de los *Mexicanos* y la madre de su dios. El rey la dió de buena gana, y la misma noche que llegó la mataron y la desollaron, y pusieron su piel á un joven con vestidos de ella encima, colocándolo cerca del ídolo, como madre de su dios [*Tocci*].” “Desde esa época comenzaron á desollar á los hombres que sacrificaban, y los vivientes se ponían las pieles de las personas desolladas, suponiendo que esto era agradable á sus deidades.—Pág. 206.”)

Desollábase vivo al primer prisionero que se aprehendía en una guerra. El soldado que lo capturaba se vestía con su piel sangrienta, y servía así á sus ídolos, ó al dios de las batallas, durante algunos días. Esta ceremonia se llamaba *exqui-*

nan. El individuo vestido con tal piel andaba de un templo á otro; seguíanlo hombres y mujeres, gritando alegremente; pero él huía, porque si llegaban á cogerlo, lo aporreaban hasta dejarlo casi muerto. Algunas veces dos ó tres ejecutaban la ceremonia, y divertían á todo el pueblo.—*Muñoz Camargo, (Nouvelles, etc., 1843, III, pág. 134.)*

En la provincia de *Teutitlán*, donde se habla el idioma *mazateco*, acostumbrábase desollar á los hombres que eran sacrificados, y recorrer el país con sus pieles, pidiendo limosna; y en una solemne festividad que se celebraba anualmente, los sacerdotes subían á la cima del templo, y allí sonaban un tambor de guerra, á cuyo sonido todos los *indios* que se encontraban en los campos debían retirarse á sus casas y á la ciudad, porque salían entonces los que tenían las pieles de las personas sacrificadas, y si encontraban á alguno en los campos le hacían una coronilla en la cabeza, cortándole el pelo, lo que era un signo de que se tenía que sacrificar en el próximo año. En las ciudades de *Uzila* y *Atlautla*, que estaban sujetas á *Montezuma*, cuando no había esclavos que sacrificar, el Señor escogía á quien gustaba.—*Herrera, III, págs. 269-70.*

Existía un rito singular observado por los *Aztecas*, llamado por éstos el *teoqualo*, es decir, “la comida del dios.” Hacíase una figura de masa que representaba á uno de los dioses, y después de ciertas ceremonias fingían que lo mataban, y lo dividían en pedazos que se comían los sectarios como una especie de alimento sagrado.—*Tylor, Anáhuac, pág. 280.*

(Esta ceremonia está plenamente descrita por *Sahagún*, lib. III, cap. I, § 2, quien manifiesta que tuvo lugar en una festividad de *Huitzilopochtli*, y por *Herrera*, III, págs. 213 y siguientes. Según el primero, idem, §§ 3 y 4, parece que los que habían comido el alimento sagrado quedaban obligados á servir al dios durante el año subsiguiente.)

Tenían también algo parecido á la comunión..... hacían de semillas una especie de ídolos pequeños..... y se los co-

mían como si fuese el cuerpo de sus dioses, ó en memoria de ellos. Otros dicen que una yerba llamada *piciell* (por los *españoles tabaco*) era considerada por algunos como si fuese el cuerpo de la diosa llamada *Ciuacouatl*..... Los *totonaques* tenían una comunión del siguiente modo: cada tres años mataban tres niños y les sacaban el corazón. Con su sangre y determinada goma..... de ciertas semillas, las primeras que producía una huerta que había en sus templos, formaban una masa. Considerábase ésta como comunión y cosa santísima, y comulgaban con ella, cada seis meses, los hombres de 25 años y las mujeres de 16. Llamábanla..... “manjar de nuestra alma.”—*Mendieta*, págs. 108-9.

La efusión de sangre era frecuente y diaria entre algunos sacerdotes..... casi no se verificaba ninguna festividad sin que no se preparasen para ella, ayunando durante un número más ó menos grande de días, según las prescripciones de su rito. Su ayuno consistía en abstenerse de carne y vino, y en comer sólo una vez al día;..... algunos ayunos eran generales y observados por todo el pueblo.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 22.

Laceraban las orejas y las partes sexuales á los niños recién nacidos para sacarles un poco de sangre, y esta ceremonia se practicaba principalmente en los hijos de los reyes y grandes señores.—*Herrera*, III, pág. 216.

Los *indios* daban de beber á sus ídolos sangre extraída de sus orejas, etc.—*Motolinia*, pág. 22.

Las dignidades y sacerdotes del templo también se sacaban sangre de las piernas; untaban con ellas sus sienes y las lancetas que ponían entre las almenas del patio, metidas en bolas de paja, para que el pueblo pudiera cerciorarse de las penitencia que hacían. El estanque donde se lavaban se llamaba *Ezapán*, es decir, “agua de sangre”..... Muchos de ellos, para no llegar á ser culpables de alguna flaqueza, se cortaban las partes pudendas, ó usaban de otros medios para hacerse impotentes. No bebían vino, dormían poco, verifi-

cándose durante la noche la mayor parte de sus ejercicios religiosos, y se azotaban con sogas anudadas. Todo el pueblo en general se azotaba en la procesión y festividad del ídolo que era el dios de la penitencia, y llevaba sogas de hilo de maguey nuevas.—*Herrera*, III, pág. 211.

(Acerca de las largas penitencias (durante siete años) de los herederos reales, véase *Zurita*, pág. 30.)

Hacíanse ofrendas de diversas especies de animales..... Las hacían también de varias especies de plantas, flores, joyas, gomas y otras substancias inanimadas..... La ofrenda más frecuente era sin embargo la de copal. Todos diariamente quemaban incienso á sus ídolos; ninguna casa dejaba de tener incensarios. Los sacerdotes en el templo, los padres de familia en sus casas, y los jueces en sus tribunales, siempre que dictaban sentencia en una causa importante, civil ó criminal, ofrecían incienso á los cuatro vientos principales. Pero la ofrenda de incienso entre los *mexicanos* y otras naciones del *Andhuac*, no era sólo un acto religioso hacia sus dioses, sino también una manifestación ó cortesía civil para los señores y embajadores.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 20.

(En los sacrificios de venados que hacían los *Tlascaltecas*, mataban á dichos animales de la misma manera que á las gentes, arrancándoles el corazón. Véase *Herrera*, II, pág. 207.)

Ofrecían codornices y gabilanes á *Huitzilopochtli*, y conejos, venados, adives ó coyotes á *Mixcohuatl*.—*Torquemada*, lib. VII, cap. 6.

(*Muñoz Camargo* presenció sacrificios de perros para ahuyentar á la muerte. Véase *Nouvelles etc.*, 1843, III, pág. 134.)

(A los montes les ofrecían figuras de culebras, las cuales ponían en armazoncillos de madera que tenían la forma de cerros montuosos. Véase *Torquemada*, lib. VII, cap. 8.)

Para saber si el demonio [*Tlaloc*] se aplacaba ó les concedía lo que le habían pedido, ofrecíanle..... una yerba molida y hecha polvo. La ponían en un vaso grande sobre el altar

entre las demás ofrendas. Iban después los sacerdotes á examinarla, y si encontraban huellas ó pisadas de alguna criatura, y las más veces de águila ó de patas de algún animal..... lo comunicaban al pueblo, el cual inmediatamente se regocijaba y llenaba el aire con gran ruido de trompetas y atabales, bocinas y caracoles.—*Muñoz Camargo* (*Nouvelles etc.*, 1843, III, pág. 137).

(Respecto á penitentes que llevaban sobre sus cabezas pequeños braceros, véase *Muñoz Camargo* (*Nouvelles etc.*, 1843, III, págs. 134-35).

(Por lo que hace al prolongado ayuno del sumo sacerdote, que duraba nueve ó diez meses, y hasta un año, véase *Torquemada*, lib. IX, cap. 25. Dicho sacerdote se retiraba á una montaña, y se abstenía de todo alimento cocido y de toda sociedad. “Él—créiase—hacía penitencia por todos.” Esto no acontecía de continuo, sino solamente una vez en su vida, y no lo practicaban todos los sumos sacerdotes.)

La divinidad de aquellos..... dioses se reconocía por medio de oraciones, arrodillándose y postrándose, con votos, ayunos y otras austeridades, con sacrificios y ofrendas, varios ritos, algunos comunes á otras naciones, y otros peculiares solamente á la religión *Mexicana*. Generalmente oraban de rodillas, con sus caras vueltas hacia el Este, y hacían así sus santuarios con la puerta hacia el Oeste. Elevaban votos tanto por sus hijos como por sí mismos, y frecuentemente dedicaban á aquéllos al servicio de sus dioses en algún templo ó monasterio..... Empleaban constantemente el nombre de Dios para confirmar la verdad, y sus juramentos eran en esta forma: “¿No me ve en este instante nuestro dios?” En seguida, nombrando al dios principal, ó á alguno otro á quien reverenciaban especialmente, besaban su mano después de haber tocado la tierra con ella.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 8.

(Respecto á agua sagrada, véase *Mendieta*, pág. 109.)

Los astrólogos..... tenían mucho cuidado de saber el día y la hora del nacimiento de cada persona, á fin de adivinar y

pronosticar las inclinaciones naturales de los hombres..... Los adivinos no tomaban en consideración los signos ni planetas del cielo, sino únicamente la instrucción que, según ellos, les había dado *Quetzalcoatl*, y que contiene veinte caracteres multiplicados trece veces..... Esta manera de adivinar no puede ser lícita, porque ni se funda en la influencia de las estrellas, ni en cosa alguna natural, ni corresponde su círculo al círculo del año, porque no comprende más de 260 días, los cuales, acabados, tornan al principio.—*Sahagún*, lib. IV, introducción.

(Los sacerdotes de *Tlaculleutl*, la diosa del amor, eran adivinos que guardaban los libros de las adivinanzas y de las fortunas de los que nacían, de las hechicerías y agüeros y de las tradiciones de los antiguos, que de mano en mano llegaron hasta ellos.—*Sahagún*, lib. I, cap. 12.

Había maestros que explicaban los libros de los sueños..... tenían otros libros referentes á matrimonios.—*Motolinia*, pág. 130.

(En lo relativo á la influencia de determinados días, véase *Sahagún*, lib. IV, caps. 1 y 40.)

(Sobre pronósticos, véase *Sahagún*, lib. V, caps. 1 y 13.)

(En cierto día) los caballeros del Sol, que se llamaban *Cuacuauhtin*, es decir, águilas, celebraban la fiesta del Sol llamada *Nauholin*, esto es, el cuarto curso del Sol. Esta fiesta.... consistía en el sacrificio, en nombre del Sol, de un indio pintado de colorado..... Enviábanlo al Sol con un recado..... que sus caballeros continuaban en su servicio, y le daban infinitas gracias por los grandes..... favores que les había concedido en las guerras..... Este indio comenzaba á subir al templo muy despacio, figurando el curso que el Sol toma de Este á Oeste, y cuando llegaba á lo alto del templo, y ponía su planta en el centro de la piedra del Sol, representando el medio día, los sacerdotes sacrificadores se apoderaban de él, y lo sacrificaban allí. Le abrían el pecho, y le sacaban el corazón, el que ofrecían al Sol, rociando la sangre en

dirección de éste; arrojaban el cuerpo rodando sobre los escalones á fin de representar la caída del Sol hacia el Oeste.—*Durán*, I, págs. 197-98.

(Por lo que concierne á un calendario completo de las festividades, véase *Torquemada*, lib. X, caps. 10 y 30, y *Sahagún*, lib. II.)

Cada mes estaba consagrado á alguna deidad protectora; y cada semana, no sólo esto, casi cada día, estaba designado en su calendario para alguna celebración apropiada.—*Pescott*, lib. I, cap. 3.

Después de que se completaban los 18 meses del año *mexicano*, el 20 de Febrero, el 21 principiaban los cinco días llamados *Nemontemi*, durante los cuales no se celebraba ninguna festividad (véase *Motolinia*) ni se realizaba tampoco ninguna empresa, porque se consideraban *dies in fausti* ó días desgraciados. La criatura que por casualidad nacía en alguno de estos días, si era niño, adquiría el nombre de *Nemoquichtli*, hombre inútil, si era niña, recibía el nombre de *Nencihuatl*, mujer inútil.—*Clavijero*, lib. VI, cap. 35.

Entre las festividades celebradas anualmente, las más solemnes eran las de *Teoxihuitl*, ó años divinos, de cuya clase eran todos los años que tenían un conejo por figura denominativa..... De un modo semejante, las primeras festividades de cada período de 13 años se caracterizaban por su mayor pompa y gravedad..... Pero la festividad que se verificaba cada 52 años era muchísimo más espléndida y solemne, no sólo entre los *mexicanos*, sino también entre todas las naciones de ese imperio, ó entre las que le eran vecinas.—*Clavijero*, lib. VI, caps. 35 y 36.

Toda festividad (religiosa) terminaba con una embriaguez general.—*Torquemada*, lib. X, cap. 6.

(Acerca de una festividad que se verificaba cada 4 años de *Tezcatlipoca*, véase *Herrera*, III, págs. 217-18. Un día el ídolo permanecía descubierto y su capilla sin velo..... ofrecíanle al ídolo grandes platos de colación, y se los dejaban ahí;

los jóvenes del templo venían corriendo á arrebatarlos, y á los cuatro que llegaban primero se les honraba como á hombres notables.)

(*Torquemada*, lib. X, cap. 9, manifiesta que en la festividad del signo correspondiente á *Tezcatlipoca* ninguno maltrataba á sus esclavos. La víspera..... quitábanles sus collares y dejábanlos fuera de sus prisiones.)

(*Torquemada*, lib. X, cap. 7, se refiere á tres festividades que parecen haber sido de una importancia no sólo local: la de la diosa *Toci*, celebrada en la sierra de *Tlascalá*; la de *Tezcatlipoca*, celebrada en un lugar llamado *Tianquizmanalco* (llanura de bellezas), y la de la diosa *Tonan* celebrada en el Norte de *México*. Concurríase á la última desde puntos muy lejanos.)

(Respecto de la castidad requerida á los sacerdotes, véase *Torquemada*, lib. IX, cap. 26. Los dos sacerdotes de la diosa *Cinteull* tenían que permanecer castos durante su cargo, aunque debían haber sido casados, pero no cuando servían el oficio de sacerdotes.)

Tan estrictos eran los sacerdotes en la práctica de la honestidad y castidad, que cualquiera infracción de ellas se castigaba con la muerte; ahora bien, si ellos viesan los negocios de la iglesia y servicio de Dios en poder de canónigos y otros dignatarios, y si supiesen que éstos eran los ministros de Dios, y los vieran entregarse á los vicios y profanidades que actualmente acostumbran en esos reinos (*España*) se sentirían impulsados á despreciar nuestra fe y á considerarla como cosa de burla.—*Cortés*, *Despatches*, pág. 426.

(Por lo que toca á la gran severidad con que se castigaba la negligencia, ó faltas de los sacerdotes, véase *Torquemada*, lib. IX, cap. 24.)

Zapotecas.—En el pueblo de *Ixcatlán* observábanse varias festividades, y tenían muchos dioses y un sumo sacerdote escogido por los demás. Nunca salían del templo, y se les despedazaba si pecaban con una mujer, y su carne se ponía de-

lante de su sucesor para ejemplo. Si era casado se despedía de su mujer. Cuando alguno tenía intención de casarse acudía á los sacerdotes, y uno de éstos lo subía á lo más alto del templo, en un día de mercado, le cortaba un poco de pelo, y gritaba fuertemente: "Este se quiere casar," y al bajar hacía suya á la primera mujer que encontraba.—*Herrera*, III, págs. 268-69.

Michoacán.—Tenían sacerdotes que predicaban con terrible espanto en los templos, infundiendo á los hombres temor grandísimo, medio por el cual los obligaban á hacer lo que deseaban, aun en contra de su voluntad, porque los hombres empezaban á odiarlos y á oírlos de mala gana; pero no podían excusarse, porque el rey los apremiaba. Los sacerdotes usaban el pelo largo, con coronas en la cabeza como los de la iglesia católica y con guirnaldas de flecos colorados.—*Herrera*, III, pág. 255.

Antes de que los mensajeros *españoles* dejaran al rey de *Michoacán*, éste intentó sacrificarlos, pero después se mostró muy bondadoso, y les pidió uno de sus perros. El perro fué dado, y según ellos después lo supieron, fué sacrificado á sus dioses para calmarlos por no haberles sacrificado á sus amos.—Véase *Herrera*, III, pág. 243.

(Las gentes de la ribera del *Petalán* (*Nueva Galicia*) "adoraban al Sol sin ninguna especie de sacrificio, comían carne humana," etc.—Véase *Herrera*, IV, pág. 205.)

X.—Profesiones.

(Respecto á la especialización de cargos sacerdotales, véase "Iglesia.")

Había escritores para cada género. Unos trataban de los anales, poniendo en orden los hechos que acontecían anualmente, con la fecha del mes, el día y la hora. Otros estaban encargados de la genealogía de los reyes, señores y personas de linaje, anotando detalladamente los naci-